



¿POR QUÉ SE HACÍAN CRISTIANOS? (II)

Escrito dominical, el 1 de marzo

La semana pasada nos fijábamos en textos de cartas del NT, dirigidas a los recién bautizados, que muestran la gran novedad que aportaba a sus vidas el Bautismo, al comparar esta novedad con la manera anterior de vivir. En Ef 4,17-20 se habla de “vaciedad de sus ideas”, es decir, inconsistencia de vida, que hace hombres y mujeres “con razón a oscuras”. Todo lo cual genera la dureza de corazón, de la que nacen la insensibilidad y la deformación del deseo, aquí definida como “la codicia, la avaricia que es una “idolatría”. Esa idolatría, que viene evidentemente de la avaricia, es la ausencia de una correcta relación con Dios.

Otro aspecto importante del significado de la conversión se encuentra en Col 3,10-11: “...y os habéis resentido de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen de su Creador, donde no hay griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino Cristo, que lo es todo, y en todos”. La nueva condición de cristiano, pues, cambia todas las categorías habituales utilizadas para dignificar a la “persona”: tanto la pertenencia religiosa y cultural, la condición social, la pertenencia étnica. Ninguna vale ya: con Cristo hay otra manera de ver las cosas y de relacionarse las personas.

Percibimos así que para los primeros cristianos la conversión suponía una radical redefinición de la persona, no sólo como individuo, sino también en su relación con la realidad y, sobre todo, con los demás. Es lo que llamamos *metánoia*, término griego que significa *conversión*, pero en el sentido de “cambio de pensamiento”, y, como consecuencia, se da un cambio moral en mí, pues voy más allá del pensamiento habitual. Estamos ante otro modo de ver la realidad, pues un nuevo conocimiento viene a sanar en mí un déficit intelectual.

Pero, ¿qué significado tenía para la sociedad grecorromana la conversión? Si la conversión la consideramos como un proceso de re-orientación total del sentido religioso, por el cual un individuo o un grupo reinterpreta su vida pasada, se aparta de ella e inserta su vida posterior en un entramado u organización social diferente, esta definición de “conversión” solo se comprende después de la aparición del cristianismo en el escenario de la historia. Es una definición postcristiana. Un pagano del siglo I d. C. no sólo no compartiría esta definición de conversión; es que ni siquiera la entendería y la sentiría como una “provocación”.

Y es muy cierto, porque, en su manera de actuar el cristianismo en el mundo greco-latino, no se limitó a sustituir con contenidos propios de tipo religioso los que ya existían (por ejemplo, una noción del más allá, de la moral, de la vida social, una noción de Dios), dejando intacto el “contenedor”, es decir, el hombre y la mujer y su ambiente de vida, la sociedad humana. No fue así lo que sucedió, sino que el cristianismo cambió profundamente el método, los contenidos, la misma actitud del hombre ante el fenómeno religioso, el hecho religioso. A partir de una comprensión renovada de uno mismo, se desembocó en una renovada comprensión de la sociedad social e histórica.

Podemos mostrar ciertas semejanzas entre esa época antigua y la nuestra, y son muy interesantes. Por ejemplo el desmoronamiento de verdades elementales, como la noción asentada y compartida de términos como *libertad, persona, familia, matrimonio, dignidad, derechos...* La fuerza del anuncio y de la presencia de los cristianos de entonces supo impulsar un proceso de cambio no solo de las personas, como hemos dicho, sino de la sociedad en que vivían. Es una experiencia de nuestros “hermanos mayores” que sin duda nos puede ayudar hoy a la hora de nuestra tarea de anuncio y misión.

Hasta la llegada del cristianismo, jamás se había visto que un hombre renunciara a la religión de su patria y de sus antepasados para darse de todo corazón y de manera exclusiva a una nueva fe. Faltaba totalmente la idea de la “exclusividad” de una religión. Faltaba también la idea de que una religión no se limitara únicamente a asegurar el favor divino, sino que pretendiera, como lo

hizo el cristianismo, ofrecer una *novedad de orientación ética para toda la vida*. A pesar de esta “extrañeza cultural”, ¿por qué el cristianismo fascinaba y llevaba a la conversión? He aquí lo que tenemos que considerar y aprender en esta Cuaresma.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

¿POR QUÉ SE HACÍAN CRISTIANOS? (y III)

Escrito dominical, el 8 de marzo

Es la pregunta que nos estamos haciendo desde hace dos semanas atrás. Es muy interesante saber que una razón determinante por la que tantos, en los primeros siglos del cristianismo, querían ser cristianos era curiosamente que la *conversión*, entre otras características, era sentida como liberación de la fatalidad y de la inseguridad típica del ser humano por aquellos que se hacían cristianos.

¿Qué hacían aquellos hombres y mujeres paganos para afrontar la fatalidad o el fatalismo, que tanta inseguridad llevaba consigo? Sencillamente se dirigían a la astrología. El destino de las vidas humanas, se pensaba comúnmente, está escrito en el cielo y, por tanto, sería suficiente conocer el curso de los astros y su posición en el momento del nacimiento para saber, incluso en sus detalles, lo que sería la vida de un hombre. Bien, este recurso proporcionaba una cierta seguridad, como los horóscopos actuales. ¿Qué hacen estos? Simplemente proporcionan una cierta seguridad por el solo hecho de conocer de antemano qué te va a pasar si eres de este signo o del otro. Pero en nada cambia las cosas: todo sucederá por ineludible predeterminación o destino.

Y tengamos en cuenta que el hombre, entonces como ahora, encuentra en sí mismo un hondo deseo de rechazar cuanto limita su libertad. De ahí el intento en tantos hombres y mujeres de autoliberación mediante la astrología. Con todas las cautelas debidas, no podemos dejar de reconocer una analogía con lo que hoy vivimos a partir de un presupuesto científicista: la astrología se sustituye, por ejemplo, por la genética, las neurociencias y la biotecnologías, pero sigue intacto el deseo de responder al ansia existencial y al derrumbamiento de las estructuras sociales mediante la ilusión de conocer con adelanto o de determinar según su propia voluntad el curso de la vida humana propia o ajena.

Nos dice G. Bardy, en un libro no hace mucho publicado de nuevo, pero ya antiguo (*La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*, Madrid 2012), que los cristianos contestaron a los retos de su tiempo sin contar con ninguna “estructura misionera”, únicamente se apoyaban en su testimonio personal y cotidiano. Precisamente esto fue lo que determinó el crecimiento numérico tan notable de cristianos “por contagio”, cuando todavía se encontraban éstos en situación de persecución de los emperadores romanos anteriores a Constantino. Lo que provocaba sorpresa y admiración era simplemente una vida distinta, una presencia humana que no sólo desafiaba las convenciones sociales, “las costumbres de los mayores”, tan arraigadas en la conciencia de los antiguos, sino que abría otros horizontes que llenaban el corazón humano.

Pero había más: aquellos cristianos elegían a un Dios que era considerado en aquella sociedad una “inaudita novedad”, por lo tanto de escaso valor, a sus ojos; pero de este modo, eran capaces de arriesgarse en primera persona en nombre de la concepción del hombre que este Dios comunicaba. Por ejemplo, debido a que los cristianos en aquella sociedad iban a salvar a los recién nacidos que no eran reconocidos por el padre de familia (que era el único que tenía la competencia de otorgarles, al acogerlos, la dignidad de personas) y eran abandonados en medio de la basura, *recibieron sobre sí la acusación* difamatoria de comer la carne de estos niños en sus comidas rituales. Ridícula acusación, pero creída por muchos entonces. Pero conscientemente se arriesgaban porque la vida, cualquier vida, era sagrada para ellos.

¡Qué diferencia con tantos ciudadanos actuales, muchos de ellos cristianos, que de hecho aceptan como mal menor que la institución política que defienden no rechace la Ley que el Parlamento Español aprobó en el año 2010! Escuché con estupor, no hace muchos días, a alguien del partido en el Gobierno actual que en la reforma de esa Ley del Aborto de 2010 se puede ir más lejos o más cerca; en su opinión, ellos no han ido más lejos porque existe una falta de consenso. ¿Dónde está esa falta de consenso? ¿En ese partido? Si en el Parlamento Actual hay falta de consenso sobre esa Ley, a la hora de una reforma, ¿acaso no existía cuando se votó en 2010? ¿O es que esa carencia de consenso ya existía en el partido del actual Gobierno? Volver sobre el modo

de proceder de los cristianos en el Imperio Romano, cuando se trataba de defender la vida, es saludable y liberador.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

SACERDOTES SANTOS Y SABIOS

Escrito dominical, el 22 de marzo

La fe cristiana es conocer a Jesucristo, encontrarse con Él y dejar que te robe el corazón, porque intuimos que su amor nos rodea y nos saca de la superficialidad y del vacío que se da en nosotros cuando no logramos salir de nuestros intereses. Da igual cuál sea nuestra vocación en la Iglesia: siempre necesitaremos sentirnos amados por el Señor y decirle: “¿Qué mandáis hacer de mí?”. Esta es la frase famosa de santa Teresa de Jesús, tan adecuada también para hablar un poco de la vocación al sacerdocio ministerial, del Seminario diocesano y de los seminaristas.

En todos nosotros el Señor ha dejado capacidad suficiente para ser buenos cristianos: somos aptos para ser, con la gracia de Dios, discípulos de Cristo y podemos llevar una vida según el Evangelio, según el Espíritu, como gusta decir san Pablo. Igualmente cualquier adolescente o joven tiene capacidad para aceptar la llamada de Jesús para ser sacerdote. La capacidad nos la da Él. Cosa diferente son las actitudes que nosotros podamos tener en nuestro interior para seguir la voz del Señor; también están, por supuesto, otras dificultades de carácter, del entorno familiar, de la historia personal. Y con frecuencia aparece en muchos chicos un deseo de ser sacerdote, pero ese deseo es rechazado por ellos o por sus padres; también por su entorno.

Decía san Teresa: “Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parecía que quería concertar estos dos contrarios –tan enemigo uno del otro– como es vidas espiritual, y contentos y gustos y pasatiempos sensuales...” (*Libro de la Vida*, 7,17). Lo que dice la Santa es la vida misma. Quienes quieren seguir al Señor en el sacerdocio necesita determinarse a ello; pero también necesita de muchos cuidados, ánimos y acompañamiento. Todos son pocos. Por eso aparecieron en un momento concreto de la historia de la Iglesia los Seminarios. Quienes hemos vivido ese largo periodo de formación en un Seminario hasta ser ordenado sacerdote sabemos de la importancia de esta institución eclesial y de su necesidad.

Puede haber fallos en la formación de los futuros sacerdotes, pues es una formación compleja necesitada de todas las fuerzas y energías del Rector y los demás formadores y padres espirituales para que haya en una Diócesis buenos sacerdotes. Pero, sinceramente, creo que en muchos católicos y en muchas parroquias no se hace mucho por el Seminario; claro está: se quiere que los sacerdotes propios sean buenos, alegres, santos, acogedores, capaces de entregarse. Es bueno este deseo. Pero de veras, ¿se preocupa todo el Pueblo de Dios de sus curas y seminaristas? No quiero hacer un juicio universal. Pero hay que hacer mucho más, y prestar mucha más ayuda a cuantos ofrecen su vida por sus hermanos. Claro que seminaristas y sacerdotes tienen más responsabilidad, pues han recibido más. Pero, ¿cuánto os cuesta el Seminario en oración, sacrificios, apoyo explícito? ¿Cuánto os cuesta en ayuda económica?

En este campo, sigue habiendo confusión, ambigüedad, despreocupación, por ejemplo, en organizar la jornada del Día del Seminario, en hacer bien la colecta económica. Yo os pido que ayudéis a nuestro Seminario Mayor y Menor. Son más de 80 los mayores y más de 65 los pequeños. Cada uno es una bendición de Dios, con una historia propia. Están ahí y necesitan sentirse parte de la Diócesis, de la parroquia y sus comunidades, parte de esa gran familia de la Iglesia diocesana.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

¡EL INVIERNO HA PASADO Y HEMOS LLEGADO AL PUERTO!

Escrito dominical, el 29 de marzo

El sentimiento que debe albergar nuestro corazón, al llegar la Semana Santa, es que el Señor Dios se nos va a manifestar de nuevo a nosotros, que estábamos en las tinieblas y sombras de muerte, como resurrección de los que duermen, liberación de los cautivos, consuelo de los afligidos. Ya el domingo de Ramos es un día de fiesta que celebra la Iglesia bajo la sombra de Cristo, como verde olivo en la casa de Dios. Sí, hermanos, porque Cristo está en medio de la Iglesia, Él, que es raíz de Jesé que no juzga al mundo, sino que le sirve.

Cristo está en medio de la Iglesia, fuente eterna de donde brotan los ríos del paraíso. En este domingo, nosotros que somos brotes fecundos de olivo llevando en la mano ramos de olivo suplicamos a Cristo misericordioso. Floreciendo en primavera en *los atrios de la casa de nuestro Dios*, celebremos un día de fiesta, porque *el invierno del mundo ha pasado, y viene el día, tu Día en el que todo vuelve a florecer*. Por eso, el domingo de Ramos es fiesta admirable por ser pórico, por su novedad siempre fresca; día sorprendente y asombroso: los niños aclaman a Cristo como Dios y otros le maldicen, le desprecian y le calumnian. Los niños dicen: *¡Hosanna!* Y pocos días después sus enemigos gritarán a Pilato: *¡Crucifícalo!* Éstos se echan sobre Él con espadas; éstos cortan ramos; éstos preparan una cruz.

Tú y yo, ¿dónde estamos y con quién estamos? ¿Cómo empezaremos la Semana Santa? ¿Indiferentes, dejándose llevar con la inercia de tantos años? Si eres joven católico, ¿qué harás? ¿Irás de vacaciones? “¿Balconearás?” Este Cristo llega a todas las culturas, a todas las partes del mundo, adondequiera, pero sobre todo a las chozas miserables y a los campos pobres y a las catedrales. La manera de dominar Jesús, que entra en la ciudad de Jerusalén montado en un asno que no le pertenece, sino que pide prestado para esta ocasión, es convirtiéndose Él mismo en nuestro pan y entregándose a nosotros. Pero Cristo viene “en el nombre del Señor” y trae la presencia de Dios Padre. Es, pues, esperanza.

Ese grito de esperanza, esta aclamación a Jesús durante su entrada en Jerusalén, ha llegado a ser en la Iglesia la aclamación a Aquel que, en la Eucaristía, viene a nuestro encuentro de un modo nuevo. Con el grito “Hosanna” saludamos a Aquel que, en carne y sangre, trajo la gloria de Dios a la tierra. Saludamos a Aquel que vino y, sin embargo, sigue siendo siempre Aquel que debe venir, para que la tristeza no llene nuestro corazón. Saludamos a Aquel que en la Eucaristía viene siempre de nuevo a nosotros en nombre del Señor, uniendo así en la paz de Dios los confines de la tierra.

Para muchos, sobre todo entre los jóvenes, la Cruz de Cristo habla de sacrificio y es signo de negación de la vida. Eso se dice incluso aunque muchos jóvenes participen en los desfiles procesionales. Y dicen también: queremos la vida entera, sin restricciones y sin renunciaciones; queremos vivir, sólo vivir, sin dejarnos limitar por mandamientos y prohibiciones; queremos riqueza y plenitud; así se decía y se sigue diciendo todavía. Es el lenguaje de la serpiente: “¡No tengáis miedo! ¡Comed tranquilamente de todos los árboles del jardín!”.

Sin embargo, el Domingo de Ramos nos muestra que el auténtico gran “sí” es precisamente la Cruz; que precisamente la Cruz es el verdadero árbol de la vida. No hallamos la vida apropiándonos de ella, sino donándola. El amor es entregarse a sí mismo, y por eso es el camino de la verdadera vida, simbolizada por la Cruz. He ahí el reto de esta nueva Semana Santa. Pido luz para todos y la gracia de la renovación pascual. Rezad por los catecúmenos: son nuestra alegría.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España